

## La misa en la capilla del Palacio de La Moneda durante el Gobierno de Manuel Montt

Durante los primeros años del Gobierno de don Manuel Montt, la celebración de la Misa en el Palacio de La Moneda tenía los caracteres de una reunión política y social.

Política, porque de la observación de la concurrencia se deducían las tendencias o preferencias del Presidente hacia un determinado sector, pudiéndose vislumbrar, por la ausencia o presencia de algunos personajes, los cambios ministeriales o las modificaciones de los grupos parlamentarios afectos al régimen; y social, porque asistían también numerosas señoras y niñas, esposas e hijas de Ministros, Senadores, Diputados y Jefes de Partido.

Desde luego, para asistir a la ceremonia se requería una invitación expresa del Presidente, la cual se hacía mediante tarjetas enviadas, con un ordenanza, el día viernes y de las cuales debía acusarse recibo.

Esta invitación servía de entrada a la Capilla que se instaló en el primer piso de La Moneda en la sala ubicada al oriente, en el centro del primer patio y donde, años después, funcionaron algunas Oficinas del ex Tribunal de Cuentas.

Los invitados disponían de asientos reservados con distinciones protocolares; próximos al Altar tomaban colocación las esposas de los Diplomáticos, de los Ministros de Estado y de las Cortes; un poco más atrás las de los Senadores, Diputados y funcionarios, y en el centro las relaciones sociales y los familiares.

A continuación, siguiendo un orden semejante, se situaban los varones y por último, dejando un pequeño espacio, algunos empleados públicos como Oficiales Mayores, el Contador Mayor y miembros de la Universidad.

El número de invitados era limitado, de allí que la concurrencia se alternaba cada domingo, salvo la de los Ministros de Estado y Cortes y de los Rectores de la Universidad y del Instituto Nacional.

La ceremonia debía comenzar a las 9½ en punto; a esa hora el Capellán de Palacio ya revestido se situaba frente al Altar en actitud de esperar, porque el Oficio no se iniciaba mientras el Presidente y su esposa no estuvieran presentes.

Este llegaba, generalmente cinco minutos después de la hora fijada acompañado de su esposa, de los Ministros y a veces de algún Diplomático o huésped extranjero o de cualquiera otra personalidad que, por especial distinción, había sido invitada para concurrir después de la Misa.

La presencia del Primer Mandatario era anunciada por el clarín de la Guardia de Palacio que, para rendirle los honores de Ordenanza, formaba en el patio desde la puerta de la casa presidencial, ubicada a la izquierda del zaguán hasta la puerta de la Capilla.

El Presidente, vestido de etiqueta y llevando un bastón de carey con puño de oro y borlas tricolores, atravesaba del brazo de su esposa por el centro de la Capilla, saludando con movimientos de cabeza a los asistentes que los esperaban de pie.

Al llegar la pareja frente al Altar, dos monaguillos con sotanas y roquetes le salían al encuentro y la acompañaban, con ademán de señalarle el camino, hasta dos sillones colocados a su derecha.

Al tomar asiento el Presidente, uno de ellos recibía el sombrero y el bastón y el otro extendía delante de él y de la señora, en el espacio comprendido entre los reclinatorios y los asientos, una pequeña alfombra de felpa.

Tan pronto como tomaban asiento, los asistentes hacían lo mismo y el Sacerdote que, hasta ese momento, había permanecido inmóvil al pie del Altar, iniciaba la Misa.

Tanto el señor Montt como su esposa eran sumamente piadosos y la oían con gran devoción y desde el Canon hasta las últimas oraciones permanecían arrodilla-

dos, lo cual obligaba a los concurrentes a mantener idéntica actitud.

Cualquiera irreverencia, como no arrojarse o mantener conversaciones a media voz era mal mirada, pues, si el Presidente o su esposa se daban cuenta de ello, el infractor quedaba expuesto a no recibir una nueva invitación.

Existía también la costumbre de que en aquella parte de la Liturgia en que el Oficiante ruega por la Patria y sus Gobernantes pronunciara la oración correspondiente en alta voz y que los concurrentes la acompañaran con un coreado "Amén".

La Ceremonia en sí misma tenía los caracteres de una Misa de Campaña, pues, era sumamente breve, salvo en la Cuaresma, en el Tiempo Pascual o en determinada festividad en que algún predicador de fama hacía un corto sermón sobre el acontecimiento que se conmemoraba o celebraba.

Especial relieve tenía la fiesta de Corpus Cristi, porque no sólo se la celebraba como tal, sino que también por ser el onomástico del Presidente.

En esta ocasión, como en el día de la Virgen del Rosario a cuya advocación estaba consagrada la Capilla, la Misa era cantada llevando el coro los mejores coristas del Seminario y con una asistencia superior a la dominical, ya que se repartía un mayor número de invitaciones.

El protocolo era el mismo, observándose únicamente mayor lujo en el tocado de las señoras, pues, no obstante la sobriedad que la etiqueta imponía para las ceremonias religiosas, lucían joyas y mantillas de gran valor.

Tanto en estas Misas como en las corrientes los civiles debían asistir de frac oscuro y los militares con uniforme de parada, como asimismo los empleados que, por razón de sus cargos, estaban obligados a usar uniforme en las ceremonias de carácter oficial.

Terminada la Misa, el Presidente y su esposa, antes de retirarse, se dirigían a los asistentes conversando brevemente con ellos e invitando a algunos que deseaban distinguir a almorzar a Palacio.

Allí la etiqueta se relajaba, pues, las señoras se dedicaban a charlar y los caballeros a tratar temas políticos o administrativos con el Presidente y los Ministros, en un ambiente que podría calificarse como de camaradería, lo cual daba margen a la oposición para calificar tales reuniones

de conciliábulos en que se tramaban planes de tiranía y atropello y aun de crímenes.

Mientras tanto, y durante el almuerzo, una banda militar ejecutaba música a la moda, de preferencia trozos de ópera italiana que hacían las delicias del Ministro señor Varas, cuya predilección por Verdi y Rossini era conocida y que la señora de Montt se complacía en satisfacer, pues, era ella quien indicaba el programa por realizar.

Conversar con el señor Montt no era cosa fácil para quien lo veía por primera vez o no había logrado su intimidad, pues, su seriedad, imperturbable gravedad y manera de razonar lógica y positiva, sin ninguna desviación sentimental o inimaginativa, conturbaba a sus interlocutores que ante su réplica irrefutable y serena se sentían como colegiales cogidos en falta.

No ocurría lo mismo con la señora Rosario, cuya afabilidad y gracia contrastaba con la grave cortesía de su marido, pues tenía para todos y cada uno la palabra trivial y oportuna que daba calor y ambiente de intimidad a la reunión.

Naturalmente que, de acuerdo con las costumbres de la época, los grupos eran perfectamente definidos; los caballeros en un salón y las señoras en otro y las niñas y jóvenes en discretos coloquios cerca de sus madres.

Cuando no era menester ocuparse de temas trascendentales, el señor Varas llevaba la parte activa de la conversación; su gran facilidad de expresión, su extraordinaria cultura y sus ademanes imperativos, le permitían desempeñar entre los caballeros un papel semejante al de la señora Rosario entre el elemento femenino, debido a que era capaz de abordar todos los temas con rara profundidad, vehemencia y amenidad haciendo que se olvidaran sus modales bruscos y su acento provinciano que contrastaba con la parsimoniosa frialdad del señor Montt.

El Almirante Blanco Encalada, convertido al régimen desde sus comienzos, no faltaba casi nunca a la Misa y a la tertulia que le seguía.

Su arrogante figura, la elegancia de sus maneras, su conversación fácil y galante, salpicaba de anécdotas de las campañas en que tomó parte y de su paso por los salones parisienses, hacían las delicias de las damas siempre que fuera él quien hablaba, pues como era tardo de oído al intervenir en una conversación en que otros llevaran la

parte activa, se producían equívocos que causaban risa o estupor.

En una oportunidad varias señoras comentaban sigilosamente el lujo, elegancia y ligereza de costumbres de cierta aristocrática dama sobre la cual pesaba, tal vez con un dejo de envidia, una severa excomunión social.

El Almirante que llegó hasta el grupo guardó, como lo hacen todos los sordos que no confiesan su defecto, una actitud reservada emitiendo opiniones vagas que se interpretaron como una aceptación de lo que se decía, pero al pasar a otro grupo, una de sus componentes que algo había oído y que sentía gran curiosidad por conocer mayores detalles, lo interrogó acerca de lo tratado.

El Almirante a fuer de hombre galante y que en realidad nada había entendido, le contestó: "Se hablaba de una dama que por sus virtudes, belleza y distinción no puede ser comparada con nadie, si no es con 'Vuestra Merced.'"

El ex Presidente Bulnes solía concurrir a la Misa y a la tertulia posterior recibiendo grandes manifestaciones de respeto y consideración, pues llegaba a la Capilla con el Presidente, que lo acompañaba personalmente hasta el asiento especial que sólo para él se colocaba frente al suyo a la izquierda del Altar, desde donde oía la Misa rodeado de sus Edecanes y Oficiales de Estado Mayor, lo que, no obstante los muchos uniformes que allí se veían, daban por su colocación espectacular una nota de colorido al ambiente un poco sombrío.

La Navidad se celebraba con gran pompa. La Capilla se adornaba con muchas luces y flores, presentándose un pesebre que la señora Rosario decoraba y ordenaba personalmente.

Los invitados llegaban primero a los salones de La Moneda luciendo ricos atavíos.

Allí se discurría y cantaban romanzas por las niñas y jóvenes, bailándose rigodones, polkas y mazurcas con gran animación hasta la hora de la Misa.

El propio Presidente abandonaba un tanto su gravedad y en la Navidad de 1853 (?) se le vió, con gran sorpresa de la concurrencia, iniciar una contradanza con la grácil y tímida esposa de don Antonio Varas (cabe advertir que esta señora sólo tenía 18 años).

Poco antes de la medianoche se suspen-

dían los entretenimientos, pasando las damas a las habitaciones privadas para cubrir sus lujosos tocados con no menos lujosos chales de ternó y Manila, a fin de asistir a la Misa.

El ceremonial se mantenía más o menos igual al descrito, salvo que el Presidente, antes de entrar a la Capilla, llamaba a su presencia al Oficial de Guardia para que en su nombre congratulara a la tropa, agregándose a esto un obsequio en dinero que era retribuido con sonoros vítores.

En esta oportunidad, también se introducía una modificación, consistente en que el Primer Mandatario daba el brazo a la esposa del Ministro del Interior, que lo era también de Relaciones y Culto, a quien acompañaba hasta el sitio que le estaba reservado y en que dicho Ministro daba el suyo a la señora de Montt acompañándola también hasta su asiento.

Terminada la Misa, los concurrentes y otros invitados que no habían asistido a ella se trasladaban al patio de la Casa Presidencial, que había sido adornado con profusión de luces y plantas para tomar mistelas, refrescos y dulces que se servían en la magnífica vajilla de plata obsequiada al señor Montt por don Agustín Edwards O. (?).

Allí se paseaban las damas y los caballeros agitando sus abanicos mientras la banda de la guardia alegraba la reunión con sus acordes.

Poco después de la una se retiraban el Presidente, los Ministros y los Diplomáticos, quedando sólo la gente joven que, durante un par de horas departía alegremente, improvisando juegos de prendas y otras diversiones, propias de la calidad y juventud de los invitados, pues, no debe olvidarse que el grupo de políticos, amigos y colaboradores del Gobierno estaba formado por personas que, en su mayoría, no habían pasado los cuarenta años.

En esto consistían, según me contaba mi tía Rosa Varas de Valdés, las Misas y reuniones de Palacio que los adversarios del Gobierno de Montt describían casi como Misas Negras y orgías en que el desenfreno y la corrupción llegaban a límites insospechados.

Esta relación está basada, además, en lo que mi abuela, doña Irene Herrera de Varas, refería a sus hijos ya que en los comienzos del decenio ninguno de ellos estaba en edad de participar.